

¿QUIÉN CORTÓ EL SUMINISTRO DE AGUA?

(1° REYES 17.1–15)

DAVID ROPER

¿Le ha pasado alguna vez que se cortó el suministro de agua en su casa? Tal vez se averió la tubería de abasto. Pudo ser que los técnicos cortaron el suministro para reparar una tubería. Tal vez se congeló el líquido por una nevada. ¡Pudo ser que a su esposa (o esposo) se le olvidó pagar la cuenta!

Si esto le ha sucedido alguna vez, sin duda le sucedió en el momento menos oportuno: cuando se estaba afeitando y estaba a medio terminar, cuando se lavaba el cabello y estaba todo lleno de espuma, ¡o cuando estaba dándose una ducha y estaba enjabonado desde la cabeza hasta los pies!

Si esto le ha sucedido alguna vez, dos preguntas se le vinieron inmediatamente a la cabeza: 1) «¿Quién cortó el suministro de agua?» y 2) «¿Por qué?».

En el contexto de 1° Reyes 17.1–15, hagamos énfasis en la pregunta «¿Por qué?». Esa es una pregunta que nos cuesta manejar. «Señor, ¿por qué tuvo que suceder esto?». «Señor, ¿por qué tuvo que morir mi progenitor (o mi hijo o mi amigo)?». «Señor, estoy tratando de servirte de la mejor manera que puedo, ¿por qué me sucedió esto tan terrible?». ¿Por qué, por qué, por qué?

A medida que forcejeamos con la pregunta «¿Por qué?», debemos tener presente Isaías 55.8–9.

Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.

Los caminos de Dios no son nuestros caminos. Esta es una verdad importante para nuestro aprendizaje.

Esta es una verdad que entendemos bastante bien mientras la tengamos a cierta distancia, mientras se aplique a otras personas y no a nosotros. Por ejemplo, cuando hablamos de asuntos

doctrinales y alguien dice que determinado asunto no tiene sentido para él, nos apresuramos a decir: «Recuerde, los caminos de Dios no son nuestros caminos». Cuando un amigo incrédulo nos pide que expliquemos las injusticias de la vida, puede que con una facilidad sospechosa, respondamos: «Los caminos de Dios no son nuestros caminos».

No obstante, cuando algo en nuestra vida no sale como esperábamos, cuando a nuestra fe se le exige hasta el punto de ceder, cuando hacemos todo lo que está a nuestro alcance y todo parece ir mal, cuando perdemos a un ser querido, clamamos: «¿Por qué?». Por lo general es de poco consuelo oír a alguien decir: «No hay manera de explicarlo racionalmente. Los caminos de Dios no son nuestros caminos. Solo crea que todas las cosas le ayudarán a bien». Cuando el asunto nos golpea de cerca, llega a ser muy difícil ver esta verdad.

No resolveremos todos los problemas en este estudio, sin embargo 1° Reyes 17.1–15 tiene lecciones para el aprendizaje de todos nosotros. ¿Quién cortó el suministro de agua, y por qué?

¿POR QUÉ CORTÓ DIOS EL SUMINISTRO DE AGUA EN ISRAEL? (17.1)

En la primera sección del texto (1° Reyes 17.1), hagamos esta pregunta: «¿Por qué cortó Dios el suministro de agua en Israel?».

Para responder esta pregunta, necesitamos repasar lo que había sucedido en Israel. En Deuteronomio 7.1–6, Moisés había advertido al pueblo de Dios, diciendo:

Quando Jehová tu Dios te haya introducido en la tierra en la cual entrarás para tomarla, y haya echado de delante de ti a muchas naciones, [...] y las hayas derrotado, las destruirás del todo; no harás con ellas alianza, ni tendrás de ellas misericordia. Y no emparentarás con ellas; no darás tu hija a su hijo, ni tomarás a su hija para tu hijo.

Porque desviará a tu hijo de en pos de mí, y servirán a dioses ajenos; y el furor de Jehová se encenderá sobre vosotros, y te destruirá pronto...

Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra (énfasis nuestro).

No obstante, Israel no había acatado la advertencia de Dios. Acab estaba sobre el trono y a su lado estaba Jezabel, la reina fenicia que había introducido el baalismo en Israel, que había derribado los altares de Jehová y matado a los profetas de Este. Israel estaba enfrentando una catástrofe espiritual de proporciones monumentales. Algo debía hacerse.

—¿Qué harás Señor? ¿Enviarás fuego del cielo para purificar a Israel? —preguntamos nosotros.

—Todavía no —responde Dios.

—¿Qué te parece un poderoso ejército para arrasarse la tierra?

—Todavía no.

—¿Qué tal un poderoso conjunto de predicadores, profetas y sacerdotes para hacer frente al baalismo?

—Todavía no.

—¿Qué tal un diplomático culto que pueda ganarse el respeto del rey y hacerlo volver a ti?

—No —dice Dios—, Mi representante es Elías.

—¿Elías? Jamás oí de él. Echémosle una mirada.

Por supuesto que no te estarás refiriendo a ese fulano de apariencia salvaje que esta allí. Parece como que llevara meses sin afeitarse ni cortarse el cabello, ¡y es probable que no se haya bañado durante ese tiempo tampoco! Su voz y su discurso hacen daño a los oídos. ¿Por qué él, Señor? ¿Por qué?

—Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos, tus caminos. *Este* es mi representante en Israel —responde Dios.

La anterior escena marca la pauta del pasaje que estamos estudiando en esta lección. Dios hará frente al problema espiritual de Israel, pero lo hará a Su manera, en Su tiempo, de conformidad con Su plan.

Comencemos donde nos detuvimos la última vez; Elías había venido delante de Acab, y le había dicho a este: «Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra» (1º Reyes 17.1).

Unos días sin agua se considerarían una incomodidad. Unas semanas sin agua se considerarían una molestia. Unos meses sin agua se considerarían drásticos. ¡Pero varios años sin agua se consideran una tragedia! Luego la muerte es inevitable; sin agua, no puede haber vida. No obstante, serían «años». Son dos veces en el Nuevo Testamento, que se hace notar que la sequía duró *tres años y medio* (Lucas 4.25; Santiago 5.17).

¿Por qué decretó Dios que debía sobrevenir una sequía? Para responder esto, retrocedamos hasta un capítulo que está cerca de la portada de la Biblia. En Deuteronomio 7 vimos la advertencia de Dios en el sentido de no entrar en la idolatría. Note ahora una advertencia de seguimiento en el capítulo 11 del mismo libro:

Guardaos, pues, que vuestro corazón no se infatúe, y os apartéis y sirváis a dioses ajenos, y os inclinéis a ellos; y se encienda el furor de Jehová sobre vosotros, *y cierre los cielos, y no haya lluvia*, ni la tierra dé su fruto, y perezcaís pronto de la buena tierra que os da Jehová (vers.^{os} 16–17; énfasis nuestro.)

Es una realidad de la vida que los hombres a menudo sufren las consecuencias de sus acciones. Todos hemos oído la expresión «Te lo buscaste». A menudo, no siempre, no tenemos a nadie más que culpar por nuestros problemas, que a nosotros mismos.

Ahora avancemos hasta cerca del final de la Biblia para hacer encajar otra pieza en el rompecabezas. En su epístola a los cristianos, Santiago añade a la historia un detalle que no encontramos en ningún otro pasaje: «Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, *y oró fervientemente para que no lloviese*, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses» (Santiago 5.17; énfasis nuestro).

La sequía vino como respuesta a la oración, una oración en el sentido de que Dios haría lo que había anunciado en Deuteronomio 11.16–17. ¡Este es un formidable ejemplo del poder de la oración! ¡La economía de una nación entera se trastornó durante tres años y medio!

Volvamos a la pregunta. Si le preguntáramos a Dios por qué cortó el suministro de agua en Israel, Él podría responder: 1) «Porque el pueblo desobedeció mi voz y merecía castigo»; 2) «Porque mi fiel siervo Elías oró fervientemente, y la oración ferviente de un hombre justo puede mucho» o 3) «¡Para demostrar que Yo soy Dios, y para mostrar a Mi pueblo el error de sus caminos, de modo que se arrepientan y se vuelvan a Mí!».

Usted y yo jamás podremos comprender a plenitud los caminos de Dios, pero solo pensar y meditar en ellos es suficiente para maravillarse. Considere esto: ¿De qué otro modo podía Dios haber hecho tan eficazmente que una nación entera le prestara atención, que con el simple y oportuno corte del suministro de agua durante tres años y medio?

¿POR QUÉ CORTÓ DIOS EL SUMINISTRO DE AGUA EN QUERIT? (17.2–7)

Al pasar a la segunda porción del relato (17.2–7), preguntamos: «¿Por qué cortó Dios el suministro

de agua en Querit?».

Esto es lo que leemos: «Y vino a él palabra de Jehová» (vers.º 2). A Elías se le dijo lo que debía hacer, un paso a la vez. Cuando se puso en pie frente a Acab y le dio el mensaje de Dios, él no sabía cuál era el siguiente paso que debía dar. Luego «vino a él palabra de Jehová». Fue a Querit y estuvo allí un año más o menos. Al final de este tiempo, vino a él palabra de Jehová (vers.º 8), y luego fue a Sarepta. Al cabo de tres años y medio, volvemos a leer: «Pasados muchos días, vino palabra de Jehová a Elías» (1º Reyes 18.1).

A mí no me gusta funcionar de esa manera, ¿le gusta a usted? A mí me gusta planear. Me gusta tener las cosas resueltas. En la medida de lo posible, me gusta ver el final desde el comienzo. No obstante, las cosas no pueden ser siempre así en la vida. A veces hay que vivir un día a la vez, a veces hay que andar paso a paso.

Elías era el representante que Dios podía usar, porque él no tenía que saberlo todo ni entenderlo todo. Él podía andar paso a paso. («Señor, si así es como lo deseas, por mí no hay problema».)

Al volver al versículo 2, estamos preparados para el paso número dos.

¿Cuál cree usted que sea el paso dos? Imagínese que se encuentra usted en la situación de Elías. Hemos hecho el anuncio al rey. ¿Ahora qué? ¿Daremos una conferencia de prensa en la televisión nacional? ¿Pondremos carteleros? ¿Pondremos grandes anuncios en todos los periódicos y revistas más importantes? ¿O haremos el equivalente de los tiempos anteriores a Cristo: Ir por las calles y las aldeas proclamando el mensaje de Dios? (Elías podía haber preparado su mejor mensaje de juicio y condenación y haber hecho lo que Jonás hizo más adelante en Nínive: subir y bajar por las calles, gritando: «Arrepiéntanse».) Esto parecería razonable. Una vez más, Dios dice: «Mis caminos no son vuestros caminos».

¿Cuál es el paso dos? Preste atención a los versículos 3 y 4:

Apártate de aquí, y vuélvete al oriente, y escóndete en el arroyo de Querit, que está frente al Jordán. Beberás del arroyo; y yo he mandado a los cuervos que te den allí de comer.¹

¹ Ha habido cierta polémica al ponerse en duda si la palabra hebrea de este versículo debería traducirse por «cuervos» o por alguna palabra que se refiera a agentes humanos, tales como «mercaderes» o «árabes». Hasta donde yo sepa, todas las traducciones usan la palabra «cuervos». Si uno acepta los elementos milagrosos del relato de Elías, no hay nada que obligue a traducir la palabra hebrea por otra que no sea «cuervos».

Me imagino cómo podría reaccionar yo, si fuera Elías, y si Dios me dijera:

—Quiero que desaparezcas por un tiempo para que las cosas vuelvan a su cauce normal. Te voy a esconder por un tiempo.

—¿Oh, sí? ¿Adónde me vas a enviar? ¿A una casa? ¿A una tienda? —podría responder yo.

—Yo estoy pensando en un *arroyo*.

—¿Un arroyo...? No hay problema. Aunque ha sido incómodo, ya he tenido que pasaría allí.

—El arroyo te suministrará el agua.

—Suena bien. ¿Y la comida? ¿Comeré de lo que produzca la tierra?

—No, tendrás un servicio de comidas a domicilio.

—¿Cómo? ¿Un servicio? ¿Estarás hablando del restaurante de comidas rápidas de Samaria?

—No, estoy hablando de cuervos. Vendrán cuervos en la mañana y en la noche y te llevarán pan y carne.

—¿Cuervos? ¿Sucios cuervos? ¿Esos animales considerados inmundos bajo la ley de Moisés? ¿Ellos van a traer mi comida en sus desaseados picos o sucias patas?

—Así es —dice Dios.

¿Es la anterior manera como usted y yo hubiéramos cuidado de nuestro representante en Israel? Probablemente no, pero los caminos de Dios no son nuestros caminos.

Al igual que todo el mundo, el representante de Dios en Israel necesitaba protección y alimento. Dios proporcionó lo uno y lo otro, pero no necesariamente lo hizo de la forma como al hombre se le ocurriría hacerlo. Si usted es un fiel hijo de Dios, Él le proporciona providencialmente la protección y el alimento que necesite, pero estas bendiciones pueden manifestarse como insignificantes riachuelos y desaseadas aves.

Note la primera parte del versículo 5: «Y él fue e hizo conforme a la palabra de Jehová». ¿No es hermoso esto? Cuando Dios hablaba, Elías hacía lo que Él decía. ¡Cómo necesita aprender el mundo esta lección hoy! Cuando Dios habla, lo que Él dice es la última palabra. Puede que esa palabra tenga sentido para mí, y puede que no lo tenga, pero esto no es lo que importa. Lo que importa es que Dios la dijo. ¡Con esto basta para mí; la cumpliré!

Y él fue e hizo conforme a la palabra de Jehová; pues se fue y vivió junto al arroyo de Querit, que está frente al Jordán. Y los cuervos le traían pan y carne por la mañana, y pan y carne por la tarde; y bebía del arroyo (vers.ºs 5-6).

No sabemos dónde estaba Querit, excepto

que estaba «al este del Jordán»,² que es en las proximidades del territorio donde Elías creció.

Haga una pausa para imaginarse cómo era el sitio. Es probable que hubiera habido una hondonada, que no era visible a corta distancia, por la cual corría un arroyo. A cada lado de este habría hierba verde, y tal vez algunos arbustos y algunos árboles achaparrados. También, no hay duda de que hubiera habido huellas de pequeños animales cerca de la orilla del arroyo.

El pasaje dice que Elías fue y vivió junto al arroyo de Querit. Él se acomodó para una estadía prolongada. Esta fue su casa durante muchos meses.

La palabra «Querit» significa «apartado» o «separado». Esto calza bien con el relato, pues Elías estuvo separado, apartado, de todos los demás durante muchos días, hasta que pasó el severo verano, el frío otoño, el glacial invierno y la agradable primavera. Las paredes de su habitación las constituían los costados de la hondonada, el techo era el cielo, la hierba era su lecho y el manto era su frazada.

No tenemos certeza de cuánto tiempo estuvo Elías allí. Sabemos que estuvo escondido un total de tres años y medio. En 1º Reyes 18.1 puede haber algún indicio de que estuvo más de dos años en Sarepta. Si esto fue así, entonces estuvo más de un año en Querit.

Haga una pausa y piense en ello. He aquí un hombre de acción, obligado a no hacer nada durante más de un año. ¿Verdad que eso fue difícil? Lo es para nosotros. Decimos que nos gustaría alejarnos uno o dos años de nuestro trabajo, pero cuando tenemos algunos días libres, sin nada que hacer, nos ponemos nerviosos, susceptibles, y estamos prestos a volver al trabajo. Puede ser que digamos que nos gustaría pasar uno o dos meses en cama, pero cuando nos vemos obligados a guardar cama unos días por una enfermedad, quisiéramos volver a estar de pie. Somos personas de acción; no nos gusta que se nos obligue a no hacer nada. A veces, sin embargo, nos vemos obligados a ello por una enfermedad, porque es tiempo de jubilarnos o porque fuimos reemplazados en el trabajo. Estas situaciones son difíciles, pero los caminos de Dios no son nuestros caminos. Las provisiones de Dios no son las nuestras. El calendario de Dios no es el nuestro.

A veces Su voluntad puede ser que pasemos

² En el texto se lee «frente al Jordán». En el Antiguo Testamento, esto significa por lo general «al este del Jordán». Los eruditos no coinciden en cuanto a la ubicación. Un autor dice que estaba «a pocos kilómetros al norte del Mar Muerto» y que «corría en dirección oeste, en el Jordán».

algún tiempo junto al arroyo, esto es, apartados, separados, tal vez incluso sin hacer nada. No es fácil; pero es la voluntad de Dios, por lo tanto, es para nuestro bien. Es necesario que aprendamos a aceptarlo, a relajarnos e incluso a aprender de la experiencia.

Me hubiera gustado saber más acerca de esos meses en Querit. Supongo que Elías creció espiritualmente en esos días, semanas y meses que pasó allí, mientras oraba y pensaba en Dios. No obstante, la Biblia no suministra esos detalles. Solo dice que Elías estuvo en la presencia de Dios (vers.º 1) y que hizo conforme a lo que Él le mandó (vers.º 5).

Llegamos ahora a la parte más extraña de esta porción del relato. Elías estaba allí, haciendo lo que Dios le había mandado, en el lugar que Dios le había ordenado... *y fue cortado el suministro de agua: «Pasados algunos días, se secó el arroyo, porque no había llovido sobre la tierra»* (vers.º 7).

¿Se imagina usted la escena? Los arroyos no se secan de la noche a la mañana. Habrían pasado días, tal vez semanas. Un día que Elías bebía del arroyo, podría haber tenido la sensación de que algo andaba mal, sin saber exactamente qué era. Al día siguiente, pensó, diciendo: «Puede ser que me lo esté imaginando, pero me parece que el arroyo ya no es tan profundo y que ya no corre tan rápidamente». Al día siguiente comprobó que *no* se lo estaba imaginando: ¡el arroyo se estaba secando!

Elías observó día tras día a medida que el arroyo se empequeñecía cada vez más y que se convertía en un perezoso y sucio riachuelo, a medida que las aves y los animales pequeños que quedaban, y los moribundos peces, se revolcaban torpemente en las pozas superficiales, hasta que al final solo quedaron algunas gotas estancadas, que estaban esparcidas por el lecho seco del río.

Todo este tiempo, ¡Elías no sabía cuál era el siguiente paso que debía dar! Subráyelo en su mente. El tercer paso no se reveló sino hasta que el arroyo se secó. Note el versículo 8: «Vino luego a él palabra de Jehová».

¡Qué prueba de fe! La primera prueba consistió en «estar en pie sin apoyo de nadie». Eso fue difícil. Su segunda prueba fue: «no dude en obedecer, aun cuando obedecer no tenga sentido». Eso fue más difícil. Su tercera prueba, sin embargo, fue la más difícil de todas: Se encontraba donde Dios le había dicho, y estaba haciendo todo lo posible por cumplir lo que Dios le había mandado, ¡y su arroyo se secó!

Usted ha estado allí. Yo sé que sí. Una vez tuvo usted una abultada cuenta bancaria, pero después su arroyo se secó. Una vez tuvo un buen negocio, pero su arroyo se secó. Una vez tuvo buena salud,

un cuerpo robusto, una mente sana, pero su arroyo se secó. Una vez tuvo talentos que podían usarse para el Señor, y usted era feliz y estaba dedicado al servicio de Él, pero su arroyo se secó. Una vez tuvo muchos amigos, pero ellos se mudaron, o murieron, o usted tuvo que mudarse, y su arroyo se secó. Una vez creyó que tenía un buen matrimonio, pero su arroyo se secó. Crió a sus hijos de la forma que mejor pudo en el temor del Señor, y le pareció que lo hizo bien, pero su arroyo se secó.

Elías no hizo lo que sigue, pero imaginemos que clamó, diciendo: «Señor, ¿por qué cortaste el suministro de agua en Querit?». La primera respuesta del Señor podría parecer sorprendente: «Elías, lo hice porque lo pediste en oración». Note lo que dice el texto: «... se secó el arroyo, *porque no había llovido sobre la tierra*». ¿Por qué no había llovido sobre la tierra? Porque Elías lo había pedido en oración (Santiago 5.17).

No siempre sucede así, pero a veces, nos suceden cosas porque Dios responde nuestras oraciones de maneras que no esperamos. Oramos, diciendo: «Dios, dame paciencia, pero dámela ya». O decimos: «Dame fe, pero no me hagas estudiar la Biblia». O decimos: «Dame fuerzas, pero no me hagas sufrir». Las cosas no siempre salen como las planeamos. Los caminos de Dios no son los nuestros.

No obstante, la respuesta completa que Dios dio a Elías sería probablemente esta: «El suministro de agua se cortó porque ya es hora de que des el siguiente paso de Mi plan general. No te preocupes; confía en Mí. Todo saldrá bien».

¿POR QUÉ CORTÓ DIOS EL SUMINISTRO DE AGUA EN SAREPTA? (17.8–16)

Esto nos lleva a la tercera porción del texto (1° Reyes 17.8–16) donde preguntamos: ¿Por qué cortó Dios el suministro de agua en Sarepta?.

Vino luego a él palabra de Jehová, diciendo: Levántate, vete a Sarepta de Sidón, y mora allí; he aquí yo he dado orden allí a una mujer viuda que te sustente (vers.^{os} 8–9).

Esta vez no inventaré una conversación imaginaria con el Señor. Antes, me gustaría que se imagine que usted es Elías y conjeture la clase de conversación que podría haber tenido con el Señor. Tenga presente los siguientes datos:

1) Dios no hizo que Elías volviera al rey ni que fuera a predicar. Solamente hizo que se trasladara de un lugar a otro. 2) Dios no lo hizo viajar hacia el este, lejos de la región golpeada por la sequía. Antes, hizo que Elías anduviera de ciento a ciento cincuenta kilómetros hacia el noroeste, por en

medio de la región golpeada por la sequía. 3) Lo hizo ir a Sarepta, un pequeño pueblo costero de Fenicia, que estaba directamente al norte de Israel. ¡Esta era la región general de donde procedía Jezabel! 4) No hizo que Elías se quedara en el hogar agradable de un hombre rico. Hizo preparativos para que Elías se quedara en la humilde morada de una viuda.

Junte todos los factores anteriores, y lo más probable es que usted clame, diciendo: «¿Por qué?». Si así lo hace, esta es la respuesta que recibirá: «¡Mis caminos no son los tuyos!».

¿Cómo respondió Elías a estas nuevas instrucciones? Cuales fueran las preguntas que tuviera en mente, hizo lo que Dios mandó: «Entonces él se levantó y se fue a Sarepta» (vers.^o 10).

¿Qué abarcadoras son las nueve palabras de la expresión en nuestro idioma: «Entonces él se levantó y se fue a Sarepta»? Era un viaje que le tomaría varios días a Elías. Era un viaje por territorio donde todo el mundo lo buscaba para darle caza, donde era el hombre más temido y más odiado, donde sería reconocido fácilmente. Era una caminata en la que no habría agua; el sol brillaría con fuerza en el día, la tierra estaría dura como el hierro, cubierta de grandes grietas; a cada paso se levantaría una nube de polvo. Viajaría por un paisaje sin vegetación, salpicado de cadáveres secos y de huesos blancos de animales muertos. Si Elías pasaba por alguna casa en su viaje, le perseguirían los clamores de niños hambrientos y sedientos. Todo esto es lo que se daba a entender con las nueve palabras de la expresión: «Entonces él se levantó y se fue a Sarepta».

Al final, el escabroso viaje quedó atrás y llegó a Sarepta. Cuando llegó allí, lo que encontró fue peor de lo que podía haber imaginado, *¡pues Dios también había cortado el suministro de agua en Sarepta!* (Note el vers.^o 14.)

Lo primero que vio fue a la viuda que Dios había preparado para que cuidara de él. ¿Qué estaba haciendo ella? Estaba recogiendo leña para preparar la última comida para ella y su hijo. Esta viuda no tenía nada; ¡estaba a punto de morir de hambre! ¡Los caminos de Dios no son los nuestros!

Usted conoce el resto del relato. Elías pidió un sorbo de agua. Cuando ella iba a traérselo, él le pidió pan. Cuando ella reveló la desesperada situación que estaba pasando, él le dijo que si compartía con él, «Jehová Dios de Israel ha dicho así: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que Jehová haga llover sobre la faz de la tierra» (vers.^o 14).

¿Por qué cortó Dios el suministro de agua en

Sarepta? No hay duda de que estas serían algunas de las razones: 1) porque los problemas de Israel habían llegado originalmente del norte, por lo tanto, era apropiado que los del norte también sufrieran las consecuencias, 2) para seguir recalcando a Elías que él dependía totalmente de Dios, y 3) para convencer a una pobre viuda de que Jehová era el verdadero Dios.

CONCLUSIÓN

¡Qué importante es que nosotros nos demos cuenta de que, nos pase lo que nos pase en la vida, Dios no nos ha olvidado, ni nos ha abandonado, sino que todavía nos ama y nos cuida y proveerá para nosotros!

Puede que a veces nos sintamos como la nación que menciona Isaías 49.14: «Me dejó Jehová, y el Señor se olvidó de mí». Si así nos hemos sentido, entonces tenemos necesidad de prestar atención a los dos versículos que siguen:

¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros (vers.^{os} 15-16).

Puede que de aquí sea de donde proviene la expresión: «Conozco esto o aquello como la palma de mi mano». Dios dice: «Te conozco como las palmas de mis manos. ¡Siempre te tengo en mente, y jamás te olvidaré!».

He aquí algunas de las lecciones que podemos aprender de la experiencia de Elías:

- (1) Obedezca a Dios, aun cuando no entienda.
- (2) Confíe en Dios, aun cuando no comprenda.
- (3) Dé gracias a Dios por lo que sea que tenga, aun cuando no tenga lo que le gustaría tener. Dios conoce sus necesidades, y Él «hace que todas las cosas ayuden a bien» a los que le aman (Romanos 8.28).

NOTAS DE MEDIOS VISUALES

Haga una tarjeta grande en la que se lea: «LOS CAMINOS DE DIOS NO SON LOS NUESTROS». La primera vez que esta frase se use en la lección, sostenga la tarjeta en alto y haga que todos los presentes la lean en voz alta. Explique que usted levantará la tarjeta de vez en cuando, y que cuando lo haga, usted desea que todo el mundo diga las palabras. Note cada vez que aparece la frase en la lección, y levante la tarjeta cuando corresponda. (Nota: En el reverso de la tarjeta, es aconsejable que la misma idea se exprese desde el punto de vista de Dios: «EL SEÑOR HA DICHO: MIS CAMINOS NO SON VUESTROS CAMINOS».)

BOSQUEJO DE LA LECCIÓN

El bosquejo completo de la lección «¿Quién cortó el suministro de agua?», apareció en la edición de *La Verdad para Hoy*, titulada «Reseña del Antiguo Testamento», por David Roper.